



ASTROMUJOFF

¿Podremos resucitar la política?

*ANTES, LA
ESPERANZA en el
futuro permitía
proyectarse hacia el
porvenir y concebir
una sociedad más justa*

*EL DEBATE PÚBLICO
remite invariablemente
a las preocupantes
imágenes del declive
de la noción de lo
social*

MICHEL WIEVIORKA - 02:46 horas - 29/12/2003

No resulta fácil, para quien considere la situación del mundo, adoptar un punto de vista optimista. A escala planetaria, la guerra, el terrorismo, la violencia de los estados así como de los líderes militarizados de las sociedades que llamamos civiles —y que lo son en escasa medida— ejercen actualmente una influencia mucho más decisiva que la diplomacia, la negociación de los conflictos o la regulación de las cuestiones importantes por parte de las instancias supranacionales.

Hay que dar el pesimismo por sentado si se examina, simplemente, Europa bajo el ángulo de una cuestión fundamental: ¿es susceptible de constituir un verdadero polo de atracción en un mundo multilateral? Las decisiones recientes, que permiten a Francia y Alemania —por efecto de su presión— pisotear con desmedida arrogancia los criterios del pacto de estabilidad, que son en principio la regla común, y restablecer la práctica del déficit presupuestario han reforzado las tendencias centrífugas que ya habían acentuado las divisiones a propósito de la guerra en Iraq cuando el Reino Unido, España, Italia y otros países optaron por apoyar al presidente Bush mientras Francia y Alemania —especialmente— rehusaron hacerlo. El rechazo del proyecto de Constitución elaborado por la Convención presidida por Valéry Giscard d'Estaing constituye un grave retroceso del que Europa tardará mucho en reponerse. ¿Cómo podría Europa planear —aunque fuera a medio plazo— una diplomacia común eficaz o una potente fuerza de intervención militar integrada?

Consideremos, en fin, el debate público que se desarrolla en el seno de las sociedades occidentales y, más especialmente, de los países europeos. Invariablemente remite a las preocupantes imágenes del declive de la noción de lo social y, correlativamente, a las no menos inquietantes del auge de las categorías conceptuales que prescinden de lo social. Hace aún apenas treinta años nos hallábamos en condiciones de concebir la vida colectiva estructurada por un conflicto esencial: el que enfrentaba al movimiento obrero con los dueños del trabajo. La articulación política giraba en torno a este conflicto, como también los debates ideológicos. Y, en esta oposición, la esperanza en el futuro encontraba su lugar propio y específico: la lucha social no era únicamente una lucha limitada, de carácter defensivo o categorial; permitía a los agentes sociales proyectarse hacia el porvenir y hablar de progreso, concebir una sociedad más justa. Podía articular y formular un sentido general de las cosas así como reivindicaciones concretas.

No puede decirse que actualmente las luchas sociales hayan

desaparecido. Sin embargo, han perdido toda capacidad de proponer un mundo mejor. O han quedado reducidas a un carácter puramente defensivo –carentes, en ocasiones, de esperanza– o se han convertido en luchas por estamentos o de tipo corporativo, incapaces de superar los intereses limitados de sus protagonistas para conferir a su lucha una dimensión universal. Además, personas o grupos, tanto en las ciudades como en las zonas rurales, se ven impotentes para transformar sus dificultades y expectativas sociales en conflictos, ya sea por hallarse excluidos o sumidos en una gran precariedad o –en caso de tener

un empleo– por hallarse expuestos a condiciones que les cierran toda perspectiva de movilización: ausencia o prohibición de sindicatos, brutalidad patronal, aislamiento de los trabajadores, represión policial omnipresente, racismo, etcétera.

Al mismo tiempo, nuestras sociedades parecen abandonadas a las lógicas de fragmentación cultural, las cuales –a su vez– dificultan el debate público, la negociación, la gestión política de las diferencias. Luchan por mantener

y aplicar lógicas de integración y descubren en su seno la existencia de nuevas religiones mientras el cristianismo parece perder velocidad; ven a las jóvenes generaciones hablar y pensar en términos que las de más edad apenas comprenden; constatan que el racismo se despliega bajo renovadas formas. Las instituciones tradicionales se hallan cada vez en menor disposición de garantizar por una parte sus funciones socializadoras y por otra el mantenimiento del orden vigente. Además, y de forma creciente, el debate público “interno” sobre los problemas “de la sociedad” se articula a partir de categorías de hecho “exteriores” a la propia sociedad, ya se trate de cuestionar las lógicas económicas planetarias (la globalización), de desentrañar e interpretar los problemas de integración y los desafíos lanzados por la inmigración a la luz de las tensiones y de las guerras de Próximo y Medio Oriente o de aprender a reconocer la presencia, en suelo nacional, de grupos que simbolizan espacios transnacionales, diásporas y mecanismos de intercomunicación constante entre dos e incluso varios países. ¿De qué forma podría aplicarse una gestión política satisfactoria de las cuestiones y problemas propios “de la sociedad” que brotan fuera del marco tradicional del Estado nación o lo desbordan?

En estas condiciones de declive de lo social y de fragmentación cultural que cuestionan el marco del Estado nación, es difícil que funcione la democracia representativa. Los partidos, los parlamentos, las elecciones, suscitan desinterés y crítica. Unos se abstienen y se apartan de la política, que juzgan, en el mejor de los casos, impotente y, de forma más plausible, corrompida. Otros refuerzan las posiciones extremas entregadas a sospechar y a denunciar, a veces de manera odiosa, sin llegar nunca a proponer cambios realistas. Los llamamientos a la democracia participativa –donde resulta tentador ver una solución a esta crisis– aúnan dos dimensiones. La primera, constructiva, antepone el deseo de los ciudadanos de influir, a escala local, sobre decisiones que les afectan, de debatir con el poder político y deliberar con los expertos en “conferencias destinadas a alcanzar un consenso” a propósito, por ejemplo, del riesgo que pueden entrañar ciertas innovaciones científicas como los organismos genéticamente modificados (OGM). La segunda, más bien contestataria, considera que la política se hace en la calle, en manifestaciones o marchas, con ocasión de iniciativas espectaculares, mediáticas, incluso cercanas a la violencia; exige la democracia directa, por ejemplo la de los referendos, y desconfía de los actores políticos y la visión de los partidos, todos mezclados... lo

que puede hacer el juego a los demagogos, siempre dispuestos a denunciar, más o menos justificadamente, la corrupción de las elites. La democracia participativa se presenta en ocasiones como lo contrario de la democracia representativa; también, en ocasiones, como su complemento o incluso su aguijón. La cuestión es que parece siempre alimentarse de sus crisis o de sus carencias. Sin embargo, en sus aspectos constructivos, también es verdad que parece hallarse en condiciones de desplegar ante sí todos los desafíos de la política contemporánea, condenada a encastillarse en cuestiones de menor importancia o de alcance local; y, en sus aspectos contestatarios, adquiere más bien una dimensión inquietante, ya que es un factor de populismo.

Hemos entrado en una época de grandes incertidumbres, en la que la política parece incapaz de aportar los principios y formas de abordar los problemas que se plantean en todos los niveles, del más global al más local. En otra época, la guerra fría definía un marco conflictivo de relaciones internacionales, al tiempo que evitaba el desarrollo y extensión de ciertas disputas limitadas; y, en el seno de las sociedades de los distintos países, el conflicto social entre el movimiento obrero y el capital contribuía a proporcionar los puntos de referencia de la vida política. Somos huérfanos de estos dos grandes conflictos, y no tenemos necesariamente que lamentarlos: han aportado su parte alícuota de desgracia a muchas personas, y por otra parte la vida no era necesariamente más risueña en 1950 o en 1960 de lo que lo es actualmente. Ahora bien, hemos de ser conscientes de que, si no volvemos a inventar unas modalidades de conflictos susceptibles de institucionalización y de garantizar la gestión de los problemas que se plantean a todos los niveles, cada vez nos será más difícil fomentar y promover la política excepto bajo sus formas menos democráticas: la violencia, el recurso a la fuerza, el unilateralismo.

MICHEL WIEVIORKA, sociólogo y profesor de la Escuela de Altos Estudios Sociales de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa